



HAY MOTIVO

TOMÁS
CUESTA

SABER PERDER

La discreción ante la falta de interés está asegurada y como se dice en los libros de auto-ayuda, saber perder es empezar a ganar. O algo así

EXISTE una ética de la victoria y una estética de la derrota. La primera es el compendio de virtudes que excitan el sentido de la justicia y reprimen el instinto de la venganza. La segunda tiene que ver con las magnitudes de la proporción y la perspectiva, en sutil equilibrio sobre la dignidad como rasgo dominante del carácter; es decir, sin coche oficial. Pese a que no han pasado ni 48 horas del desalojo ciertamente ordenado del puente del Titanic, en rumbo de colisión, los nuevos ministros son ya viejos conocidos mientras que en el sálvese quien pueda socialista afloran perfiles inéditos en las viejas glorias y jóvenes valores de una empresa en venta. Si al Gobierno le sobran demiurgos, a la traumática inmediatez del PSOE le faltan forenses, estudiosos de la naturaleza humana que distinguan las causas de las consecuencias.

A pesar de la acusada tendencia a la bondad del género obituario, el partido de Zapatero y Rubalcaba, de Blanco y de Chacón, suscita un

sarpullido emocional que echa raíces entre la risa floja y la vergüenza ajena. Mírese como se mire, ya sea con lupa o con anteojeras, a nadie con un mínimo sentido del ridículo (a nadie que, respetable o no, se respete a sí mismo al menos) se le ocurre presentar el manifiesto oportunista y pedir —exigir— una ampliación del crédito a la vez que hace entrega de las llaves del piso junto al rosario de la madre de todas las deudas. Así es imposible aprender nada de la derrota; así es metafísicamente inconcebible rendir la atención debida al duelo, lo que se explica hasta en los manuales de historia improvisados al paio de sus escalofriantes disposiciones en materia educativa. Negar la realidad y manipular la escala de responsabilidades en la gestión de un desastre sin precedentes equivale a trucar el cuentakilómetros de un coche de segunda mano a fin de esconder la ídem tras descalabrar la hacienda.

De esta forma, la suerte de la izquierda se ata como una hipoteca al cálculo de expectativas sobre la magnitud de la crisis y la solvencia del Gobierno para afrontar la tormenta perfecta en el tiempo añadido de una final que perdemos por goleada; lo que ya no sólo tiene incidencia sobre los planes de pensiones de Rubalcaba y Chacón, sino que nos afecta a todos. Un discurso lógico y propio, en esas condiciones, es una aspiración claramente melancólica, por lo que entre los socialistas puede ocurrir cualquier cosa, hasta la cocción inicial del desastre que se solape tras la última recesión. No sería la primera vez y, de hecho, su legado es marrón suficiente como para no descartar ninguna hipótesis por catastrófica que parezca, y más ante los pavorosos desafíos, inextricables laberintos e insinuantes abismos que acechan al nuevo Gobierno. Con eso y con todo, nada conspira contra una regeneración socialista. La discreción ante la falta de interés está asegurada y como se dice en los libros de auto-ayuda, saber perder es empezar a ganar.

O algo así.